
Hablar con Jesús

**ORAR 15 DÍAS
CON FRANCISCO Y JACINTA
DE FÁTIMA**

3ª edición

Jean-François de Louvencourt

DESCLÉE DE BROUWER

Índice

Prólogo.	5
Dos vidas inseparables.	9
Introducción.	19
Primer día. Con humildad	23
Segundo día. Con confianza.	29
Tercer día. Rezando juntos.	37
Cuarto día. “Pensando” a solas.	43
Quinto día. Hasta el don total	49
Sexto día. Los ángeles, mensajeros del cielo.	57
Séptimo día. La señora llena de luz.	63
Octavo día. Los dos corazones.	71
Noveno día. Jesús escondido	77
Décimo día. Dios, luz y Trinidad.	83
Decimoprimer día. Por el Santo Padre.	89
Decimosegundo día. Por la paz.	97
Decimotercer día. Para convertir a los pecadores	107
Decimocuarto día. Para reparar los pecados.	115
Decimoquinto día. Para consolidar a Dios.	123
Conclusión. Dos llamas de amor	131

PRÓLOGO

La beatificación de los dos pastorcitos Francisco y Jacinta –celebrada el 13 de mayo del 2000, en Fátima– ha suscitado un gran interés, no solamente en Portugal, sino también en el mundo entero. Teólogos, autores espirituales y mariólogos profundizan cada vez más en el mensaje de Fátima y en sus diversos aspectos.

Ese mensaje es también la vida heroica de nuestros dos Beatos. La profunda transformación que se operó en ellos es una de las pruebas más evidentes del carácter sobrenatural de las apariciones del ángel y de Nuestra Señora.

Los pastorcitos se entregaron a la oración y a la penitencia, pero cada uno con algo específico: Jacinta renunciaba a sí misma por la conversión de los pecadores; Francisco, también, pero especialmente, para consolar a Nuestro Señor; le fue concedido, además, el don de la contemplación infusa.

Con un lenguaje directo y apropiado, el autor, monje contemplativo francés residente en Bélgica, nos conduce por los senderos de la oración en la maravillosa compañía de los dos pequeños videntes. Su libro, cuyo título en sí dice todo, es de evidente actualidad.

Vivimos en un mundo en divorcio con Dios; en un mundo en donde Dios no cuenta para nada. Muchos creyentes parecen *pasar* de Dios. Y hasta es de buen tono afirmar que uno es ateo. Este mundo sin Dios se encamina hacia un abismo de autodestrucción. Los magníficos descubrimientos de la ciencia y de la técnica –donde Dios es el gran ausente– se vuelven contra el hombre que es incapaz de dominar su propio poder. La oración nos es más necesaria para vivir que el pan para sustentarnos y el aire para respirar.

Me tomo la libertad de citar el testimonio del filósofo Peter Wust (1864-1940): “Tal vez me preguntéis, antes de que os deje definitivamente, si conozco la llave mágica que abre la última puerta que da acceso a la ciencia de la vida. Y respondo: Sí, la conozco. Mas esa llave mágica, contrariamente a lo que podéis esperar de parte de un filósofo, no es la reflexión: es la oración”.

Este libro, escrito por un monje cisterciense, nos dice que la oración litúrgica y comunitaria

no bastan por sí mismas. También es necesario el diálogo íntimo con Dios, de corazón a corazón; un cara a cara, los ojos en los ojos, que brota del silencio de la montaña, lejos del barullo y del tumulto. Sin esa oración personal, la oración litúrgica caerá forzosamente en un vano ritualismo: “Este pueblo sólo me honra con los labios, mientras su corazón sigue lejos de mí” (Is 29, 13).

Guiados por este libro, comprobamos que la oración debe ser humilde, constante y confiada; que debe unirse a la mortificación de los sentidos; que debe también dirigirse a los ángeles, a los santos, a su Reina –la Santísima Virgen– y a su Corazón Inmaculado.

La oración de los beatos Francisco y Jacinta es trinitaria, eucarística, cristológica, eclesial (por el Santo Padre), reparadora, apostólica, misionera y universal.

Felicitando calurosamente al autor y saludándole con alegría, anhelo una amplia difusión de esta obra que enriquece felizmente la vasta bibliografía sobre Fátima. Bienvenida sea esta nueva obra.

Fátima, 20 de febrero del 2001
Primera Fiesta litúrgica de los beatos Francisco y Jacinta

Alberto Cosme do Amaral,
Obispo emérito de Leiria - Fátima

DOS VIDAS INSEPARABLES

Sus padres

Manuel y Olimpia Marto forman una pareja profundamente unida. Un día, viendo que querían fotografiarla sola, Olimpia dirá: *¡No me cortéis en dos, esperad a Manuel!* De sus siete hijos, Francisco y Jacinta son los benjamines; al igual que sus padres, no se les puede separar o *cortar en dos*.

Francisco nació el 11 de junio de 1908 y Jacinta, el 11 de marzo de 1910, en Aljustrel –un caserío cercano al pueblito de Fátima–, en Portugal. La vida que llevan es más bien ruda y pobre, como la Sierra de Aire –cadena montañosa que los rodea–. Gozan de un clima familiar caluroso y de una educación cristiana sencilla pero ejemplar.

No lejos de ellos vive una de sus primas –Lucía, un año mayor que Francisco– con la cual pasarán

jornadas enteras apacentando las ovejas de sus padres en los alrededores.

Lo que más sobresale es que, ya desde muy temprana edad, cada uno adquiere su personalidad, con cualidades y defectos que los diferencian, y rasgos comunes que los asemejan.

Francisco

Francisco es discreto y reservado; poco hablador. No le gusta ser el centro de atención. Prefiere el silencio y evita a los compañeros alborotadores y los juegos bulliciosos. Sereno y pacífico, se muestra amable con todos. Si pierde en sus juegos —y pierde a menudo— o si alguien lo incomoda, no se enfada. Si le quitan un objeto al cual está apegado, no pelea para recuperarlo, sino que más bien lo deja estar. Acogedor y disponible, le gusta agradar a los demás, de modo particular a Jacinta, a quien no rehusa nunca nada. Cuando las ovejas de una vecina mayor se escapan, no duda en ir a buscarlas para traérselas.

Jacinta

Jacinta es muy diferente. Viva y espontánea, reacciona instantáneamente. Necesita comunicar lo que siente, al menos a las personas que son de su confianza. Es una niña sensible y de una exquisita

delicadeza; le gusta trenzar pequeñas guirnaldas de flores con las cuales adorna a su prima. Si oye la narración de la Pasión de Jesús se echa a llorar. Dulce y afectuosa, le gusta coger y abrazar a los corderos pequeños, besarlos y darles nombres que ella misma inventa. Quiere mucho a Francisco y siente tal desborde de cariño hacía Lucía que, a pesar de ser la más pequeña, es ella quien cierra el trío.

Rasgos comunes

A pesar de estas diferencias, tienen varios puntos en común. En primer lugar, la transparencia. No existe en ellos ningún fingimiento. Poseen, más bien, un gran amor la verdad. Francisco jamás consentiría en mentir o engañar a alguien. Jacinta, por su parte, cuando Lucía es reprendida injustamente en su lugar, no vacila en decir que ha sido ella. En una palabra, son dos almas cristalinas.

En segundo lugar, la alegría. Uno nunca se aburre con ellos. Toda la casa resuena con sus cantos, sus risas y sus juegos. Aunque el modo de vida familiar es algo austero, ellos, en cambio, respiran la alegría de vivir. En resumen, son dos almas llenas de sol.

Señalemos un último rasgo, quizá el más notable de sus personalidades: los dos son apasionados;

especialmente de la naturaleza. A Jacinta le encantan las flores matizadas y los corderos blancos. Francisco prefiere los pájaros: imita sus cantos, protege sus nidos y libera los que están atrapados. Ambos se entusiasman ante las puestas de sol y se extasían ante la inmensa belleza de un cielo estrellado. Además, son dos apasionados de la música y de la danza. Francisco pasa horas enteras tocando su pífano –pequeña flauta–; y lo hace o bien solo, sentado sobre una roca elevada, o bien acompañando a Lucía y a Jacinta que bailan y cantan al son de la música. Jacinta posee un don particular por la danza. Todas las ocasiones le resultan propicias para bailar, y si éstas no se presentan, baila sola.

Otra pasión les une: la de aprender. Se consumen en la sed de conocer, sobre todo, las grandes verdades del cristianismo. Como nunca saben bastante, interrogan insaciablemente. Ya se ve que estas dos almas apasionadas de verdad, de amor y de belleza son dos almas de fuego en potencia.

Con sus defectos

Del mismo modo que la cizaña crece en medio del trigo (cf. Mt 13, 26), los defectos surgen también en medio de las cualidades. Ninguno de los dos se encuentra libre de fallos. En ciertos momen-

tos, Jacinta se muestra susceptible y caprichosa, y, sin gran motivo, se retira enfadada a un rincón. Además es posesiva y voluntariosa: sabe imponerse y es mejor no quitarle algo que le pertenece. En cuanto a su pasión por la danza, ciertos días se vuelve un capricho excesivo.

Francisco es bastante inquieto y se muestra a veces obstinado hasta el punto de desobedecer a sus padres. En ocasiones comete travesuras y hace bromas a sus hermanos. ¿Y la música? Ciertos días su temperamento apasionado lo arrastra demasiado lejos, hasta quitarle dinero a su padre para comprarse la armónica de sus sueños...

Estas imperfecciones no deben sorprendernos demasiado. Así como la cizaña no sofoca la buena semilla, así tampoco éstas impiden el crecimiento de sus cualidades. Nuestra Señora sabrá elegir el momento favorable para detener esos defectos y desarrollar sus buenas disposiciones. Y ese momento exige una preparación muy especial: las apariciones del ángel.

Las apariciones

Tres veces, en la primavera, en el verano y en el otoño de 1916, *un joven de catorce o quince años, más blanco que la nieve* se aparece a Lucía,

a Francisco y a Jacinta –la cual tiene, entonces, tan sólo seis años–. La primera y la tercera aparición tienen lugar en Aljustrel, en la roca del Cabeço. La segunda, en el jardín de la casa de Lucía, cerca del pozo. Aunque muy impresionados por el ángel, por su mensaje y su oración, los pastorcitos no dirán nada a nadie.

Ni se imaginan que están en el umbral de su admiración. El 13 de mayo del año siguiente, al mediodía, mientras se encuentran cuidando sus ovejas en Cova da Iría, a 2 km de Aljustrel, de repente se sorprenden por un primer *relámpago* y luego, por un segundo. Poco después ven a una *Señora, más brillante que el sol* encima de una carrasca (pequeña encina). Esta primera aparición de Nuestra Señora produce en los niños una alegría que no puede traducirse sólo con palabras. Jacinta, con su espontaneidad habitual, no cesa de repetir: ¡Oh! ¡La hermosa Señora! Y a pesar de haber prometido a Lucía no decir nada, la misma tarde, cuenta a su madre el acontecimiento.

Nuestra Señora, como les prometió, regresa el 13 de cada mes hasta octubre, a excepción del 13 de agosto, ya que ese día fueron secuestrados, encarcelados y amenazados de muerte violenta. Todos los esfuerzos por tratar de arrancarles el secreto fueron vanos. Los niños resistieron victo-

riosamente ante las fuertes presiones que ejercieron sobre ellos hasta el momento en que, por fin, fueron liberados sanos y salvos.

Nuestra Señora, para recompensarlos por su valentía, hará una excepción y se les aparecerá el domingo siguiente, 19 de agosto, en los Valinhos, entre Aljustrel y la roca del Cabeço.

Una vez que el ciclo de las seis grandes apariciones termine, los niños ya no podrán llevar la misma vida que antes. Cada vez con mayor frecuencia, deberán abandonar sus ovejas y regresar para contestar a las preguntas de una multitud de gente —preguntas benévolas, anodinas o absurdas, pero también indiscretas o minuciosas, capciosas o amenazadoras—. En tales condiciones es comprensible que eludan a veces esas sesiones extenuantes. Sin embargo, en vez de refunfuñar contra los inoportunos, saben reaccionar con humor. Un día, apenas ven llegar por el camino a unas señoras de amplios sombreros, trepan inmediatamente a una higuera y las señoras pasan de largo sin haberlos visto. Otro día, encuentran a varias personas que les preguntan dónde habitan los pastorcitos; les indican el lugar sin revelar su identidad y luego las esquivan. En otra ocasión, se ocultan en una cuba invertida del jardín y los visitantes que los buscan ¡se apoyaron justamente sobre ella!